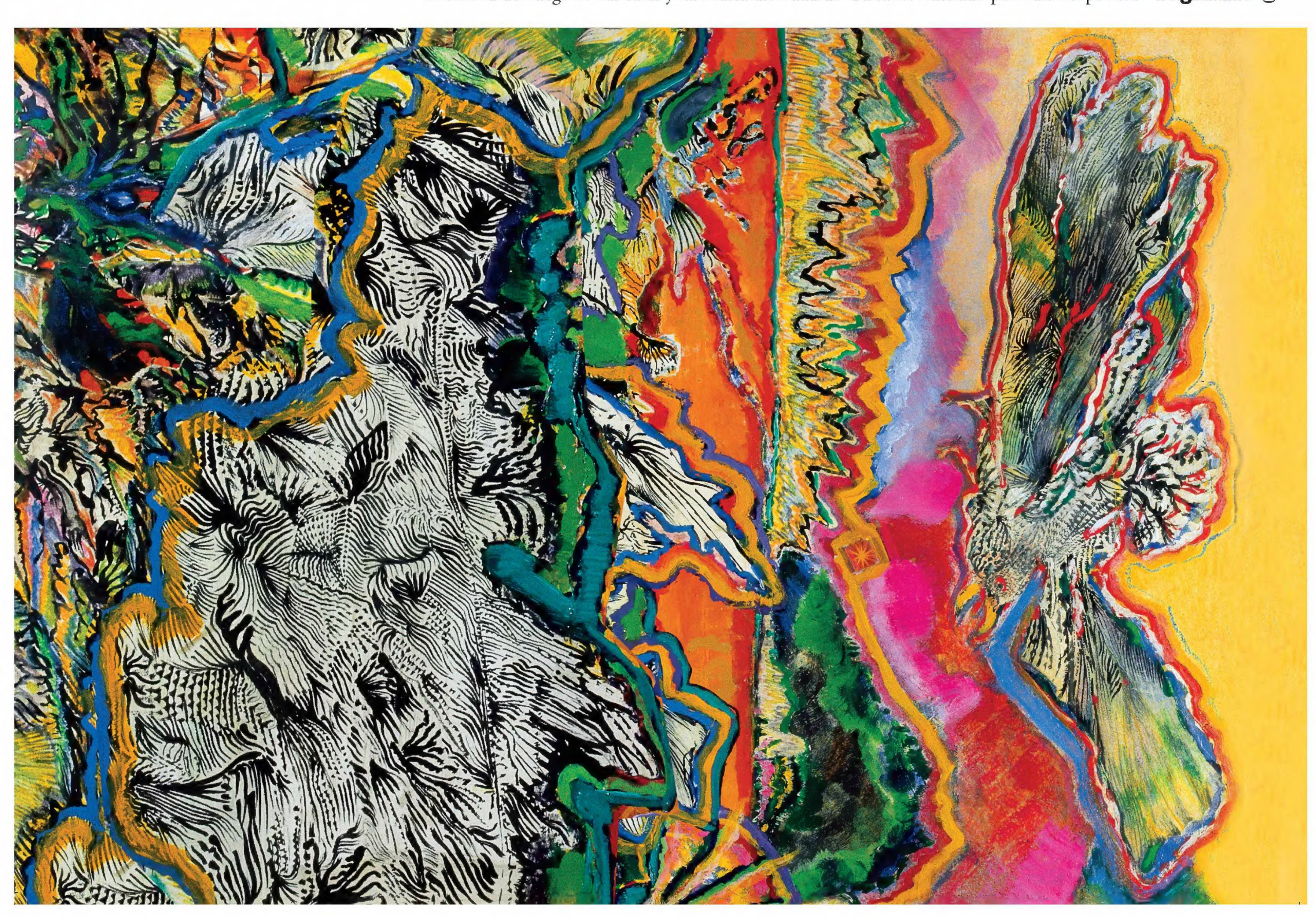


1738
Trelawny Town

Cudjoe

Transpiran a chorros las plantas y las gentes en las montañas peludas del oeste de Jamaica. Acude el sol a esconderse, cuando la larga queja del cuerno anuncia que el jefe enemigo ha llegado al desfiladero.
Esta vez, el coronel Guthrie no viene a pelear. Los esclavistas ingleses ofrecen la paz a los cimarrones. Prometen respetarles la libertad que han ganado en largos años de guerra y les reconocen la propiedad de las tierras donde viven. A cambio, los cimarrones se convierten en gendarmes de sus hermanos prisioneros: en lo sucesivo, ellos ayudarán a castigar las revueltas de esclavos en las plantaciones de azúcar y devolverán a los fugitivos que por aquí aparezcan pidiendo refugio.
El jefe Cudjoe sale al encuentro del coronel Guthrie. Cudjoe lleva sombrero sin ala y casaca que fue azul y tuvo mangas. El polvo rojo de Jamaica empareja los colores de las pieles y las ropas, pero al chaleco del coronel no le falta ni un botón y se puede todavía adivinar la blancura de su enrulado peluquín. Cudjoe se deja caer y le besa los zapatos.

1739
New Nanny Town

Nanny

Después de pactar con Cudjoe, jefe de los cimarrones de Sotavento, el coronel Guthrie marcha hacia el oriente de la isla. Alguna mano desliza en el ron un veneno fulminante y Guthrie cae como plomo del caballo.
Unos meses más tarde, al pie de muy alta montaña, el capitán Adair consigue la paz en oriente. Quao, jefe de los cimarrones de Barlovento, acepta las condiciones luciendo espadín y sombrero plateado.

Pero en los precipicios del oriente, más poder que Quao tiene Nanny. Las bandas dispersas de Barlovento obedecen a Nanny, como la obedecen los escuadrones de mosquitos. Nanny, gran hembra de barro encendido, amante de los dioses, viste no más que un collar de dientes de soldados ingleses. Nadie la ve, todos la ven. Dicen que ha muerto, pero ella se arroja desnuda, negra ráfaga, al centro del tiroteo. Se agacha, de espaldas al enemigo, y su culo magnífico atrae las balas y las atrapa. A veces las devuelve, multiplicadas, y a veces las convierte en copos de algodón.

Peregrinación en Jamaica

Vienen de los huecos de los árboles, de los hoyos de la tierra, de las grietas de las rocas.
No los detienen las lluvias ni los ríos. Atraviesan ciénagas, abismos, bosques. No los despista la niebla ni los asustan los soles feroces. Bajan desde las montañas, lentos, implacables. Marchan de perfil, en línea recta, sin desvíos. Las corazas relumbran al sol. Los batallones de guerreros machos encabezan la peregrinación. Ante el peligro alzan sus armas, sus tenazas. Muchos mueren o pierden un brazo abriendo camino. Cruje la tierra de Jamaica, cubierta por el inmenso ejército de los cangrejos.
Es largo el viaje hacia la mar. A los dos o tres meses llegan, los que llegan, extenuados. Entonces las hembras se adelantan y se dejan cubrir por las olas y la mar les arranca las huevas.
Pocos vuelven. De los millones que han iniciado el viaje hacia la mar, pocos vuelven. Pero la mar incuba, bajo la arena, un nuevo pueblo de cangrejos. Y a poco andar el nuevo pueblo emprende la travesía hacia las montañas de donde sus madres han venido, y no hay quien lo pare.
Los cangrejos no tienen cabeza. Llegaron tarde al reparto de cabezas que allá en Africa hizo el dios rey, en su palacio de algodón y cobre. Los cangrejos no tienen cabeza, pero sueñan y saben.

1742
Islas de Juan Fernández

Anson

Creen los chilenos que las olas de esta mar son caballos de espumosa boca que las brujas jinetean con riendas de sargazo. Las olas se lanzan al asalto de los peñones, que no creen en brujas, y los castillos de roca se dejan golpear con remoto desdén. Allá en lo alto, un macho cabrío de barba venerable contempla, digno como rey, el vaivén de la espuma.

Quedan pocas cabras en las islas de Juan Fernández. Hace años, los españoles trajeron desde Chile una jauría de perros para arrebatar a los piratas esta comida fácil. Los hombres del comandante Anson persiguen en vano las sombras de los cuernos por peñones y precipicios; y creen reconocer la marca de Alexander Selkirk en las orejas de alguna cabra que atrapan.

La bandera inglesa luce intacta en los mástiles. La flota de lord George Anson volverá a Londres arrasada por el hambre y el escorbuto, pero tan espléndido será el botín que no alcanzarán cuarenta carretas, tiradas por bueyes, para sacarlo del puerto. En nombre del perfeccionamiento de la Cartografía, la Geografía, la Astronomía, la Geometría y el Arte de la Navegación, el científico Anson ha cazado a cañonazos varias naves españolas y ha incendiado algunos pueblos, llevándose hasta las pelucas y los calzones bordados.

En estos años, el imperio británico está naciendo en el tránsito de la piratería al contrabando; pero Anson es un corsario al viejo estilo.



1753
Río Sierra Leona

Cantemos alabanzas al Señor

La revelación de Dios ocurrió a la luz de los relámpagos. El capitán John Newton se convirtió al cristianismo una noche de blasfemias y borrachera, cuando una súbita tempestad estuvo a punto de echar su barco al fondo del océano.

Desde entonces, es un elegido del Señor. Cada atardecer, dicta un sermón. Reza plegarias antes de cada comida y comienza cada jornada cantando salmos que la marinería repite roncamente a coro. Al fin de cada viaje, paga en Liverpool una ceremonia especial de acción de gracias al Altísimo.

Mientras espera la llegada de un cargamento en la desembocadura del río Sierra Leona, el capitán Newton espanta miedos y mosquitos y ruega a Dios que proteja a la nave *African* y a todos sus tripulantes, y que llegue intacta a Jamaica la mercadería que se dispone a embarcar.

El capitán Newton y sus numerosos colegas practican el comercio triangular entre Inglaterra, Africa y las Antillas. Desde Liverpool embarcan telas, aguardiente, fusiles y cuchillos que cambian por hombres, mujeres y niños en la costa africana. Las naves ponen proa a las islas del Caribe, y allá cambian los esclavos por azúcar, melaza, algodón y tabaco que llevan a Liverpool para reiniciar el ciclo.

En sus horas de ocio, el capitán contribuye a la sagrada liturgia componiendo himnos. Esta noche, encerrado en su camarote, empieza a escribir un himno nuevo, mientras espera una caravana de esclavos demorada porque algunos quisieron matarse comiendo barro por el camino. Ya tiene el título. El himno se llamará *Cuán dulce suena el nombre de Jesús.* Los primeros versos nacen, y el capitán tararea posibles melodías bajo la lámpara cómplice que se balancea.

1758
Cap Français

Macandal

Ante una gran asamblea de cimarrones, François Macandal sacó un pañuelo amarillo de un vaso de agua:
–*Primero, fueron los indios.*
Y luego, un pañuelo blanco:
–*Ahora, los blancos son los dueños.*
Y entonces agitó un pañuelo negro ante los ojos de los cimarrones y anunció que era llegada la hora de los venidos del Africa. Agitó el pañuelo con su mano única, porque la otra se le había quedado entre los dientes de hierro del molino de cañas.
En las llanuras del norte de Haití, el manco Macandal era el amo del fuego y del veneno. Por señal suya ardían los cañaverales; y por sortilegio suyo se desplomaban, en plena cena, echando baba y sangre, los señores del azúcar. Sabía convertirse en iguana, hormiga o mosca, vestido de agallas, antenas o alas; pero lo atraparon. Y lo condenaron. Y lo están quemando vivo.
La multitud vislumbra, entre las llamas, el cuerpo que se retuerce y se sacude, cuando de pronto un alarido raja la tierra, feroz grito de dolor y de júbilo, y Macandal se desprende del poste y se desata de la muerte: aullando, llameando, atraviesa la humareda y se pierde en el aire.
Para los esclavos, no es ningún asombro. Ellos sabían que iba a quedarse en Haití, en el color de toda sombra, el andador de la noche.



1761
Cisteil

Canek

Los indios mayas proclaman la independencia de Yucatán y anuncian la próxima independencia de América.
–*Puras penas nos ha traído el poder de España. No más que puras penas.*
Jacinto Uc, el que acariciando hojas de árboles hace sonar trompetas, se hace rey. Canek, *serpiente negra,* es su nombre elegido. El rey de Yucatán se ata al cuello el manto de Nuestra Señora de la Concepción y arenga a los demás indios. Han rodado por el suelo los granos de maíz, han cantado guerra. Los profetas, los hombres de pecho caliente, los iluminados por los dioses, habían dicho que despertará quien muera peleando. Dice Canek que no es rey por amor al poder, que el poder quiere más y más poder y se derrama el agua cuando se llena la jícara. Dice que es rey contra el poder de los poderosos y anuncia el fin de la servidumbre y de los postes de flagelación y de los indios en fila besando la mano del amo. *No podrán atarnos: les faltará cordel.*
En el pueblo de Cisteil y en otros pueblos se propagan los ecos, palabras que se hacen alaridos; y frailes y capitanes ruedan en sangre.

1761
Mérida

Pedazos

Después de mucha muerte, lo han apresado. San José ha sido el patrono de la victoria colonial.
Acusan a Canek de haber azotado a Cristo y de haber llenado de pasto la boca de Cristo.
Lo condenan. Van a romperlo vivo, a golpes de hierro, en la Plaza Mayor de Mérida. Entra Canek en la plaza, a lomo de mula, casi escondida la cara bajo una enorme corona de papel. En la corona se lee su infamia: *Levantado contra Dios y contra el Rey.*
Lo descuartizan poco a poco, sin regalarle el alivio de la muerte, peor que a bestia en el matadero; y van arrojando sus pedazos a la hoguera. Una larga ovación acompaña la ceremonia. Por debajo de la ovación, se murmura que los siervos echarán vidrio molido en el pan de los amos.

1761
Cisteil

Sagrado maíz

Los verdugos arrojan al aire las cenizas de Canek, para que no vaya a resucitar el día del Juicio Final. Ocho de sus jefes mueren en el garrote vil y a doscientos indios les cortan una oreja. Y para culminación del castigo, doliendo en lo más sagrado, los soldados queman las sementeras de maíz de las comunidades rebeldes.
El maíz está vivo. Sufre si lo queman, se ofende si lo pisan. Quizás el maíz sueña a los indios, como los indios lo sueñan. El organiza el espacio y el tiempo y la historia de la gente hecha de carne de maíz.
Cuando Canek nació, le cortaron el ombligo sobre una mazorca. En nombre del recién nacido, sembraron los granos manchados de su sangre. De esa milpa se alimentó, y bebió agua serenada, que contiene luz de lucero; y fue creciendo.

1763
Buraco de Tatú

Porque daban mal ejemplo los altivos

Los baqueanos, que ven como de día en las noches sin luna, eludieron las trampas. Gracias a ellos, los soldados pudieron atravesar el laberinto de las espadas, estacas afiladas que traicionan a quien pisa, y al amanecer se abalanzaron sobre la aldea de negros libres.
Humo de pólvora, humo de incendio, aire espeso y agrio al borde de la playa de Itapoá: al mediodía no queda nada del Buraco de Tatú, refugio de cimarrones que tanto han ofendido, desde hace veinte años, a la cercana ciudad de San Salvador de Bahía.
El virrey ha jurado que limpiará al Brasil de negros cimarrones, pero por todas partes brotan. En vano el capitán Bartolomeu Bueno arrancó en Minas Gerais cuatro mil pares de orejas.
A golpes de culata forman fila los que no cayeron en la defensa del Buraco de Tatú. Los marcan a todos, en el pecho, con la letra F, de *Fugido,* y los devuelven a sus dueños. El capitán Joaquim da Costa Cardoso, que anda corto de plata, vende niños a precio de ganga.

Comunión

Mucho tendrá que ocultar la Historia, dama de rosados velos, besadora de los que ganan. Se hará la distraída o enfermará de tramposa amnesia; mentirá que han sido mansos y resignados, quizás felices, los esclavos negros del Brasil.

Pero los amos de las plantaciones obligan al cocinero a probar ante sus ojos cada plato. Venenos de larga agonía se deslizan entre las sabrosuras de la mesa. Los esclavos matan; y también se matan o huyen, que son maneras de robar al amo su principal riqueza. O se sublevan creyendo, danzando, cantando, que es la manera de redimirse y resucitar.

El olor de las cañas cortadas emborracha el aire de las plantaciones y arden fuegos en la tierra y en los pechos: el fuego templa las lonjas, repiquetean los tambores. Invocan los tambores a los viejos dioses, que vuelan hasta esta tierra de exilio, respondiendo a las voces de sus hijos perdidos, y se meten en ellos y les hacen el amor y arrancándoles música y aullidos les devuelven, intacta, la vida rota.

En Nigeria o Dahomey, los tambores piden fecundidad para las mujeres y las tierras. Aquí no. Aquí las mujeres paren esclavos y las tierras los aniquilan. Aquí los dioses agrarios dejan paso a los dioses guerreros. Los tambores no piden fecundidad, sino venganza; y Ogum, el dios del hierro, afila puñales y no azadas.



Retablo de Bahía

Dicen los que mandan en Bahía que *el negro no va al Cielo, aunque sea rezador, porque tiene el pelo duro y pincha a Nuestro Señor.* Dicen que no duerme: ronca. Que no come: traga. Que no conversa: rezonga. Que no muere: acaba. Dicen que Dios hizo al blanco y al mulato lo pintó. Al negro, dicen, el Diablo lo cagó.

Toda fiesta de negros es sospechosa de homenaje a Satanás, negro atroz, rabo, pezuñas, tridente, pero los que mandan saben que si los esclavos se divierten de vez en cuando, trabajan más, viven más años y tienen más hijos. Así como la *capoeira,* ritual y mortal manera de pelear cuerpo a cuerpo, simula ser vistoso juego, también el *candomblé* se hace pasar por puro baile y ruido. Nunca faltan, además, Vírgenes o santos para prestar el disfraz: no hay quien prohíba a Ogum cuando se convierte en san Jorge, rubio jinete, y los pícaros dioses negros encuentran escondite hasta en las llagas de Cristo.

En la Semana Santa de los esclavos, es un justiciero negro quien hace estallar al traidor, el Judas blanco, muñeco pintado de cal; y cuando los esclavos sacan en procesión a la Virgen, el negro san Benedicto está en el centro de todos los homenajes. La Iglesia no conoce a este santo. Según los esclavos, san Benedicto fue esclavo como ellos, cocinero de un convento, y los ángeles se ocupaban de revolver la olla mientras él rezaba sus plegarias.

San Antonio es el preferido de los amos. San Antonio ostenta galones militares, cobra sueldo y está especializado en vigilar negros. Cuando un esclavo se escapa, el amo arroja al santo al rincón de los desperdicios. San Antonio queda en penitencia, boca abajo, hasta que los perros atrapen al fugitivo.

Tu otra cabeza, tu otra memoria

Desde el reloj de sol del convento de San Francisco, una lúgubre inscripción recuerda a los caminantes la fugacidad de la vida: *Cada hora que pasa te hiere y la última te matará.*

Son palabras escritas en latín. Los esclavos negros de Bahía no entienden latín ni saben leer. Del Africa trajeron dioses alegres y peleones: con ellos están, hacia ellos van. Quien muere, entra. Resuenan los tambores para que el

muerto no se pierda y llegue a la región de Oxalá. Allá en la casa del creador de creadores, lo espera su otra cabeza, la cabeza inmortal. Todos tenemos dos cabezas y dos memorias. Una cabeza de barro, que será polvo, y otra por siempre invulnerable a los mordiscos del tiempo y de la pasión. Una memoria que la muerte mata, brújula que acaba con el viaje, y otra memoria, la memoria colectiva, que vivirá mientras viva la aventura humana en el mundo.
Cuando el aire del universo se agitó y respiró por primera vez, y nació el dios de dioses, no había separación entre la tierra y el cielo. Ahora parecen divorciados; pero el cielo y la tierra vuelven a unirse cada vez que alguien muere, cada vez que alguien nace y cada vez que alguien recibe a los dioses en su cuerpo palpitante.

1763
Río de Janeiro

Aquí

Hace un cuarto de siglo, Luis da Cunha propuso al rey de Portugal que se trasladara con toda su corte desde Lisboa hasta Río de Janeiro y que en esta ciudad se proclamara Emperador del Oeste. La capital del Imperio debía situarse aquí, en el centro de la abundancia, porque Portugal no podría vivir sin las riquezas del Brasil pero el Brasil, advertía Luis da Cunha, viviría fácilmente sin Portugal.
El trono sigue, por ahora, en Lisboa. Pero el centro de la colonia se desplaza del norte al sur. Bahía, puerto del azúcar, cede paso a Río de Janeiro, puerto del oro y de los diamantes. El Brasil crece hacia el sur y hacia el oeste, embistiendo contra las fronteras españolas.
La nueva capital ocupa el lugar más hermoso del mundo. Aquí parecen los cerros parejas de amantes, hay en el aire aromas que hacen reír y la brisa caliente excita a los pájaros. Las cosas y las gentes están hechas de música y ante los ojos fulgura la mar de tal manera que sería un placer ahogarse.

1763
Tijuco

El mundo dentro de un diamante

Entre las altas rocas rojas que más parecen dragones, ondula la tierra roja lastimada por la mano del hombre: la comarca de los diamantes exhala un polvo de fuego que enrojece las paredes de la ciudad de Tijuco. Al borde corre un arroyo y a lo lejos se extienden las montañas de color mar o ceniza. Del cauce y los recovecos del arroyo, salen los diamantes que atraviesan las montañas, navegan desde Río de Janeiro hasta Lisboa y desde Lisboa hasta Londres, donde son tallados y multiplican su precio varias veces para después dar brillo al mundo entero.

Mucho diamante escapa de contrabando. Yacen sin sepultura, carne de cuervos, los mineros clandestinos que han sido sorprendidos, aunque el cuerpo del delito tenga el tamaño de un ojo de pulga; y al esclavo sospechoso de tragar lo que no debe le aplican violenta purga de ají picante.

Todo diamante pertenece al rey de Portugal y a João Fernandes de Oliveira, que aquí reina por contrato con el rey. A su lado, Chica da Silva también se llama Chica que Manda. Ella es mulata, pero usa ropas europeas prohibidas para los de piel oscura y alardea yendo a misa en litera, acompañada por un cortejo de negras ataviadas como princesas; y en el templo ocupa el lugar principal. No hay noble de por aquí que no quiebre el espinazo ante su mano llena de anillos de oro, y no hay quien falte a sus convites en la mansión de la sierra. Allí Chica da Silva ofrece banquetes y funciones de teatro, estreno de *Los encantos de Medea* o cualquier pieza de moda, y después lleva a los invitados a navegar por el lago que Oliveira hizo excavar para ella porque ella quería mar y mar no había. Se llega al muelle por escalinatas doradas y se pasea en gran navío tripulado por diez marineros.

Chica da Silva usa peluca de rulos blancos. Los rulos le cubren la frente y ocultan la marca que a hierro le hicieron cuando era esclava.

1763
La Habana

El progreso

Hace un año, los ingleses entraron a cañonazos por la playa de Cojímar. Mientras La Habana firmaba la rendición, tras largo asedio, los barcos negreros esperaban en las afueras del puerto. Cuando anclaron en la bahía, los compradores les arrebataron la mercancía. Los mercaderes, es costumbre, siguen a los guerreros. Un solo traficante, John Kennion, vendió mil setecientos esclavos durante la ocupación británica. El y sus colegas han duplicado la fuerza de trabajo de las plantaciones, tan anticuadas que todavía cultivan toda clase de alimentos y tienen por única máquina el trapiche que gira, moliendo cañas, al ritmo de los bueyes.

Apenas diez meses ha durado el dominio británico sobre Cuba, pero a los españoles les cuesta reconocer a la colonia que recuperan. El sacudón de los ingleses ha despertado a Cuba de su larga siesta agraria. Esta isla se convertirá, en los tiempos que vienen, en una inmensa fábrica de azúcar, trituradora de esclavos y devastadora de todo lo demás. Serán arrasadas las vegas de tabaco, los cultivos de maíz y los huertos vegetales. Serán devastados los bosques y secados los arroyos. Cada esclavo negro será exprimido hasta acabarse en siete años.

Creen los esclavos:

Los dioses mueven la sangre y la savia. En cada hierba de Cuba respira un dios y por eso está vivito, como la gente, el monte. El monte, templo de los dioses africanos, morada de los abuelos africanos, es sagrado y tiene secretos. Si alguien no lo saluda, se pone bravo y niega la salud y la suerte. Hay que regalarlo y saludarlo para recibir las hojas que curan llagas y cierran el paso a la desgracia. Se saluda al monte con las palabras rituales o las palabras que salgan. Cada cual habla con los dioses como siente o puede.

Ningún dios es del todo bueno ni del todo malo. Lo mismo salva que mata. La brisa refresca y el ciclón arrasa, pero los dos son aire.

La ceiba

–Buenas tardes, madre Ceiba. La bendición.

La imponente ceiba es árbol de misterio. La prefieren los antepasados y los dioses. La respetó el diluvio. Está a salvo del rayo y del huracán.

No se le puede dar la espalda, ni pisarle la sombra sin permiso. Quien descarga el hacha sobre su tronco sagrado, siente el hachazo en el propio cuerpo. Dicen que a veces acepta morir quemada, por ser el fuego su hijo preferido.

Se abre cuando le piden refugio, y para defender al fugitivo se cubre de espinas.

La palma real

En la altiva palma vive Shangó, el dios negro que se llama santa Bárbara cuando se disfraza de mujer cristiana. Las hojas del penacho son sus brazos: desde allá arriba dispara este artillero del cielo. Shangó come fuego, viste relámpagos, habla truenos y fulmina la tierra con sus rayos. A los enemigos, los hace ceniza.

Guerrero y fiestero, peleón y calentón, Shangó no se cansa de broncas ni de amores. Los dioses lo odian; las diosas están locas por él. A su hermano Ogum le arrebató la mujer: Oyá, que dice ser la Virgen de la Candelaria, combate al lado de Shangó con dos espadas. A otra de sus mujeres, Oshún, le hace el amor en los ríos, y juntos comen manjares de azúcar y canela.